

MISCE- LANEA

Fernando del Paso (1935-2018)*

Elizabeth Corral

Para mi sorpresa, leí que en 1993 Fernando del Paso declaró al periodista Fernando Figueroa que no era feliz, que nadie lo era, “uno tiene momentos felices y tragos amargos”, dijo, y añadió: “La vida siempre es un fracaso. La vida es triste. La vida se acaba de una manera súbita o con deterioro físico y mental”. Dio la entrevista en el trayecto a su casa, luego de ver la representación de *Palinuro en la escalera* dirigida por Mario Espinosa, y podemos pensar que el cansancio dictó esa parte de la respuesta, porque luego agregó: “Aunque debo decir que en este preciso momento estoy feliz”. En otras entrevistas habló de su vida subrayando suerte y fuerza de voluntad: “Me quise casar con Socorro y me casé con Socorro; quise escribir y escribí, quise dibujar y dibujé...”. Saber que en cierta medida hacía lo que quería le permitió conocer la satisfacción y la libertad. Así lo veo yo. Quizá por eso pienso en él como un hombre fundamentalmente feliz, a pesar de los pesares, aun los mayores como la enfermedad, su “enfermizo destino”, que lo hizo padecer. Pero también parece haberlo enseñado a elegir, un con-

trapeso que lo ayudó a relativizar. Abandonó sueños y conveniencias cuando juzgó que ya no eran prioritarios, como la idea de ser doctor frente a la posibilidad de casarse con Socorro o el confort de un buen sueldo para poder terminar alguna de sus obras. Era alguien seguro de sus pactos vitales: la familia, la escritura, la denuncia social, el dibujo y hasta la moda (con la que también se encontraba a gusto, como se ve en las fotos, y a la que consideraba uno de sus actos de valor, tal como dijo al recibir la Presea Corazón de León de la Universidad de Guadalajara). También sabía que todo está cambiando siempre, así que acogía con tolerancia sus contradicciones y mostraba cómo es normal, a todos nos pasa, y no hay necesidad de esconderlas. Tenía la sinceridad que despierta respeto, la calidad artística e intelectual que da autoridad, la capacidad lúdica que lo acercaba a mucha gente. Disfrutaba reírse y pasarla bien, con los amigos, en la mesa, en los viajes, trabajando. Se refirió a eso al recibir el Premio Cervantes, el bienamado Cervantes cuyo estilo remeda en un discurso que empieza con la denuncia, porque aprovechaba las tablas para dar pelea aun antes de hablar de la profunda relación que tuvo con la literatura.

“México no volvió a ser el mismo después del 68. Yo tampoco fui el mismo”, dijo pasados 10 años del movimiento estudiantil. Mostró su postura política desde el principio en la escritura y a partir de 1973, con los acontecimientos de Chile, la explicitó en el periodismo, en entrevistas, en presentaciones públicas. Le preocupaban las condiciones sociales de México y el mundo y luchó desde su trinchera, la de la palabra, cada vez más parecido a Palinuro, el personaje que tuvo un final distinto al que había imaginado por la conmoción que le causó el 68.

Jugaba, pero sabiendo que el juego era serio, como la vida; seguir sus mudanzas permite ver las tiradas con que construyó el tablero que le permitió concentrarse cada vez más en lo que le interesaba.

Conocí al maestro cuando llegué a estudiar a Francia, pero apenas lo visité en los cuatro años que estuve allá trabajando con *Noticias del Imperio*. A finales de julio de 1992 fui a visitarlo a su oficina del Consulado General de México en París para entregarle la tesis de doctorado que acababa de presentar en la Universidad de Toulouse. Aunque en las entrevistas anteriores me dejé ganar por la timidez, esa vez pensaba que las posibilidades de volver a verlo se reducían porque yo regresaba a México, así que le conté que en Toulouse había conversado con un profesor de la Universidad, Jacques Gilard, sobre mi proyecto de reunir una obra periodística que entonces yo creía menos extensa. A Del Paso le entusiasmó la idea y sentí que de alguna manera empezaba a cumplir el deseo compartido con Holden, el protagonista de *El guardián esccondido* de Salinger, que con contundencia adolescente asegura que no hay nada como ser amigo del autor de los libros que de veras nos gustan.

La realidad fue distinta y los Del Paso volvieron a México pocos meses después que yo y no solo los vi con frecuencia, sino que entonces inicié con ellos una estrecha amistad. Empecé a ir a su departamento de la Ciudad de México y luego, cuando se instalaron en Guadalajara, me abrieron con generosidad las puertas de su casa. Recuerdo con entusiasmo, emoción y agradecimiento los tres días de intenso trabajo en que el maestro me invitó a hurgar en una caja enorme que él apenas había revisado, parte de los muchos papeles reunidos durante algunos de los 23 años que pasaron en el extranjero.



Fernando del Paso. Fotografía de Javier Narváez

Había distintas versiones de capítulos de *José Trigo* y *Palinuro de México*, numerosos apuntes para *Noticias del Imperio*, esbozos y dibujos en papeles reciclados, tres cuentos mecanografiados en papel cebolla y papel calca, uno en las hojas de tamaño casi oficio que usan los europeos. Era un cofre de tesoros. Dos de los cuentos estaban incompletos y el tercero reapareció en *La Palabra y el Hombre* de la Universidad Veracruzana, una cortesía del autor. Como lo hizo a menudo y con muchos amigos e investigadores, me recomendó que buscara un cuento que publicó en Colombia; esperaba encontrar alguna versión mecanografiada o manuscrita, pero no fue así.

Se dedican tantos años al estudio de una obra si esta contiene sustancia, como la del maestro que hoy recordamos. Están la asombrosa imaginación verbal que con tanto entusiasmo elogiaba Sergio Pitlor y la “tamaño prolijidad milagrosa” que describió Marco Antonio Montes de Oca; están, también, el talento para fabular, la precisión para describir, la habilidad para yuxtaponer atmósferas, géneros, perspectivas, incluida la

Su obra ha sido para mí una universidad paralela imposible de abandonar, una muestra compleja, rica y contradictoria de la humanidad, de su historia, logros, milagros, horrores. He vuelto una y otra vez, con enorme placer, a los pasajes que encuentro más conmovedores, divertidos, críticos, lúdicos, aleccionadores. Y he armado toda su obra a mi antojo, convencida lectora salteada, como si fueran piezas de un Lego.

delirante, que él arropa con historias entrañables. Y no hay que olvidar su asombrosa capacidad para contagiar la curiosidad; sus mundos literarios ofrecen aventuras, el lector se interna en selvas y laberintos llenos de contrastes, disonancias, trastrocamientos. La primera vez que leí *Palinuro de México* me deslumbró tanto como me desconcertó. Volver una y otra vez a sus páginas se convirtió en una tarea placentera que me descubría asuntos nuevos o matices inadvertidos, y solo muchos años después pude decir que capté el mecanismo. Su obra ha sido para mí una universidad paralela imposible de abandonar, una muestra compleja, rica y contradictoria de la humanidad, de su historia, logros, milagros, horrores. He vuelto una y otra vez, con enorme placer, a los pasajes que encuentro más conmovedores, divertidos, críticos, lúdicos, aleccionadores. Y he armado toda su obra a mi antojo, convencida lectora salteada, como si fueran piezas de un Lego.

La escritura de Del Paso apela a los sentidos, a todos, aunque yo me he ocupado en particular de la mirada. Con descripciones minu-

ciosas construye texturas, agrega colores, crea volúmenes. En todas sus páginas aparecen los verbos de la visión, igual que las menciones a la luz; se habla de artistas y de escuelas al tiempo que la escritura se metamorfosea y adopta los rasgos de la estética a la que alude. En Francia me sumergí en *Noticias del Imperio* siguiendo el hilo de la historia, pero en realidad desde entonces, sin darme cuenta, intentaba descifrar la magia que transforma la lengua en literatura. La lectura que hice de muchas de las fuentes históricas que sirvieron a la elaboración de la novela descansaba en mi afán por entender cómo habían ingresado a ella, cómo cambiaban de condición en el mundo novelesco, aunque fueran citas. Luego hice lo mismo con algunos cuadros y fotografías de la época. Dice Susan Sontag que las fotografías invitan a la deducción y a la fantasía, y a mí me resultaba tentador pensar que algunas de las tramas de *Noticias del Imperio* habían nacido de la observación de fotos de la época; pensar, por ejemplo, que la idea de “Con el corazón atravesado por una flecha”, la tortura de un chinaco a manos del jefe de la contraguerrilla francesa, surgió de las fotografías del coronel Du Pin donde aparece con sombrero y dormán llenos de adornos y prendedores. Este pasaje de la novela me recuerda la visita de los Del Paso a Xalapa, cuando asistieron a un coloquio organizado por la Universidad Veracruzana, y luego viajaron por la región para regresar a algunos lugares y conocer otros, como Tlaxotalpan, que Fernando quería visitar desde hacía tiempo, sobre todo por el río.

Cuando compilaba la obra periodística pasé largas horas en la Hemeroteca Nacional, revisando con detenimiento los periódicos y las revistas en las que aparecían artículos, entrevistas, crónicas, en-

El periodismo le ofreció la independencia que necesitaba para investigar, reflexionar y alegrarse escribiendo según lo guiaran su curiosidad, intereses y humor.

sayos; son escritos que deparan sorpresas. Tenía libertad para elegir sobre qué escribir, salvo casos excepcionales, como el mundial de fútbol de España 1982, pedido específico de *Proceso*, que aprovechó para dejar por unas semanas una Inglaterra que lo tenía desencantado y disfrutar del español a todas horas del día; lo aprovechó, sobre todo, para dedicarse a observar, además de los futbolísticos, los enfrentamientos sociales y políticos. Pero, repito, fue excepción. El periodismo le ofreció la independencia que necesitaba para investigar, reflexionar y alegrarse escribiendo según lo guiaran su curiosidad, intereses y humor. Por eso, al lado del valor intrínseco de esos textos que ofrecen un panorama de sucesos puntuales de la historia política y artística de Gran Bretaña e Hispanoamérica, se añade la posibilidad de establecer lazos y correspondencias entre ellos y la obra de creación en que trabajaba en ese momento o trabajaría más adelante. Su periodismo puede verse como el laboratorio donde descubrió vetas; trazó los primeros esbozos de personajes, situaciones y acciones; practicó opciones estéticas; resolvió problemas de composición.

Tengo la idea de que el artista conserva, intocado e intocable, un núcleo de infancia, de la primera infancia, la de los mayores asombros y la más profunda felicidad. Muchos pasajes de la obra del maestro me afirman en esta

convicción y algunos de sus títulos, los menos atendidos por los adultos, son la representación más cristalina de esto. En la dedicatoria de mi ejemplar de *¡Hay naranjas y hay limones! Pregones, refranes y adivinanzas en verso* escribió: “para que te acuerdes de cuando eras chiquita”, que me recuerda muchas de sus miradas: la de la salida de la premiación del José Emilio Pacheco, en Mérida, cuando con expresión radiante contaba a Socorro algo que a todas luces lo hacía feliz; la de picardía con que miraba a los reyes y ministros de España mientras leía su discurso al recibir el Cervantes; la guasona en muchas de sus fotos más recientes mientras dictaba tendencias de la moda.

Pensaba ver al maestro el 19 de noviembre, así lo acordamos, pero se fue antes. La despedida, entonces, fue la de septiembre, durante las jornadas de la Cátedra que lleva su nombre en la Universidad de Guadalajara, dedicadas a *Palinuro de México* y el movimiento del 68. No fue la despedida que imaginé, creí que habría otro encuentro, pero ahora que sé que aquel fue el último, celebro que haya sido en un ambiente tan cordial y estimulante como para incitar al maestro a sobreponerse al dolor físico para hablar con su audiencia, hacer bromas y manifestar su alegría y agradecimiento con la vida que, como dijo al recibir el Cervantes, fue “bastante cuata” con él. **LPyH**

*Texto leído en el Claustro de Sor Juana el 22 de noviembre de 2018; algunas de las reminiscencias aparecieron en *Milenio* el 20 de marzo de 2015, en ocasión del Premio José Emilio Pacheco a la Excelencia Literaria que se le concedió ese año.

Elizabeth Corral estudió en la UNAM, en la Universidad de Toulouse-le Mirail y en El Colegio de México. Trabaja como investigadora en la UV.